

OTRO MUNDO MÁS GAY ES POSIBLE

POR LUISGÉ MARTÍN

Hoy necesito comenzar con un poco de pedantería, hablando de dos libros que acabo de leer. El primero es un ensayo acerca del Decrecimiento, un movimiento político que sostiene que casi todos los males del mundo actual vienen de la obsesión continua por crecer: ello nos lleva a la depredación del planeta y a la exageración de las desigualdades sociales. El crecimiento económico tiene que servir para mejorar el bienestar general, no para crear grandes capas de malestar, como ocurre en el mundo de 2012. A pesar de tener unas gotas de demagogia y un chorrito de inocencia, el Decrecimiento despliega ideas apasionantes, que tienen la virtud además de ir a contracorriente.

El otro libro es la gran novela del estadounidense Jonathan Franzen que ahora anda en boca de todo el mundo: *Libertad*. Es un retrato, a ratos naturalista y a ratos corrosivo de la clase media norteamericana, de sus miserias y de sus putrefacciones sentimentales e ideológicas. Uno de los personajes, cuyo trazo queda siempre al borde de la caricatura, es un encendido defensor del medio ambiente y de la sostenibilidad del planeta, y argumenta con bases sólidas que el gran mal de nuestro tiempo es el crecimiento demográfico, que a su vez está alimentado por el capitalismo más primario para impulsar el crecimiento económico y el consiguiente incremento de los beneficios. Si no hay un cambio de tendencia radical, dentro de treinta años los habitantes del planeta consumirán más recursos de los que existen, lo que forzará unos niveles de pobreza insostenibles.

En este contexto, que no tiene nada de apocalíptico ni de irreal, pues está fundamentado en cifras, en análisis económicos solventes y, sobre todo, en la contemplación de un mundo que ya padece todos esos males, el Papa Benedicto acaba de asegurar que el matrimonio heterosexual es el único digno para tener hijos. Yo me permito deducir de ahí que en este panorama la heterosexualidad es perniciosa, y mucho más la heterosexualidad católica, que propugna desenvainar condones y apechugar con los embarazos no deseados. ¿No habrá llegado ya el momento de hacer de verdad apología de la homosexualidad, como dicen los integristas que llevamos décadas haciendo? ¿No habrá que anunciar la bienaventuranza de que un mundo más gay (y menos católico, no quiero dejar pasar la oportunidad de insistir en ello) sería mucho más justo y más feliz?

Si en vez de unos índices de entre el 6 y el 10% de homosexualidad tuviéramos un índice del 50%, por ejemplo, las cifras alarmantes de crecimiento demográfico y de devastación medioambiental se moderarían, y en veinte o treinta años estaríamos de nuevo en un planeta con recursos sostenibles y con capacidad para repartir esos recursos de un modo razonable. Los gays con instinto paternal y recursos económicos podrían asumir el excedente de niños que seguirían generando los heterosexuales pobres (y católicos practicantes). Es cierto que habría un periodo transitorio en que las pensiones de la Seguridad Social estarían en peligro, pero una buena reforma fiscal, hecha en profundidad, y un poco de paciencia volverían a poner las cosas en su sitio dos generaciones después.

Después de mucha meditación, mi propuesta es clara: hay que difundir, como si de un apostolado se tratara, las virtudes de la homosexualidad. La primera, la célebre ecuación DINK ('double income, no kids'; aunque en estos tiempos laborales que corremos es verdad que habría bastantes NINKs), que permite llevar un nivel de vida sofisticado, salir a cenar a restaurantes de moda, viajar todos los años a Londres a ver un musical o a Nueva York a hacer compras, tener un loft en Chueca, poseer la última versión de iPhone y comprar todos los discos de Barbra Streisand y Lady Gaga en edición coleccionista, con extras. En segundo lugar, algunas partes del mundo se convertirían en un paraíso: en las playas y en las piscinas habría la mitad de niños y en los aviones tendríamos más posibilidades de dormir sin ser despertados a gritos. La Iglesia católica, por lo demás, tendría menos problemas con la pederastia: a menor tentación, menor pecado.

Es un arreglo tan perfecto para el futuro de todos que no caben prórrogas: es necesario empezar a hacer proselitismo de inmediato. Siempre existe algún vecino, algún compañero de clase o de trabajo o algún conocido heterosexual a quien se puede explicar esta buena nueva con interés. Si lo que está en juego es la supervivencia del planeta y la justicia social, deberían cooperar sin remilgos.

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU NUEVA NOVELA, LA MUJER DE SOMBRA (ANAGRAMA), SALE A LA VENTA EL 8 DE MARZO.